

EL UNIVERSO INTELECTUAL DE RESTREPO

Jorge Alberto Naranjo Mesa

Se conmemoran este año los ciento cincuenta del nacimiento de Antonio José Restrepo, una personalidad cimera de la cultura colombiana, y la Academia Antioqueña de Historia me delegó el honor de rendir homenaje a su memoria, tarea que acepté gustoso dados el amor, la admiración y la afinidad ideológica que me ligan a ese espíritu proteico, versátil, y la deuda que la nación –y Antioquia en particular– tienen con su obra. Poeta, traductor, periodista, folclorista, político, diplomático, historiador, abogado, Ñito se desempeñó en todos los campos con una habilidad y una gracia incomparables. Con una transparencia y una voluntad de servicio a la patria, con una energía práctica y una amplitud de miras, con una sinceridad para reconocer sus errores y una generosidad para defender sus aciertos, que apenas tienen parangón entre los colombianos. Supo hacer coherentes su vida y su pensamiento, sin componendas ni filisteísmos; supo cultivar amistades de largo aliento, y romper algunas a la hora de las contradicciones insoslayables. Era dulce en el amor y en la tertulia, pero terrible en el foro y en el debate ideológico. “Más blanco que el rey de España”, supo ser el confidente de mestizos, criollos, mulatos, negros e indios. Sus conferencias eran embelesadoras, su conversación donosa. Los estudiantes lo admiraban, los déspotas lo odiaban, y si para los primeros era fuente de sapiencia para los segundos era motivo permanente de incomodidad. Por eso fue perseguido y reducido al silencio muchas veces, pero nunca cejó en su empeño de construir una patria más justa, más libre y democrática: cuando los regeneradores clausuraban sus periódicos estaba presto a fundar otros, en la lucha incesante contra los absolutismos y la dictadura.

Su poesía política, acerada, irónica, de sarcasmo quevedesco, estuvo siempre al servicio de la libertad, de la responsabilidad de los hombres con su destino, de la necesidad de liberarnos de las viejas creencias y aceptar unas nuevas relaciones humanas, sin privilegios, sin hipócritas componendas. Los regeneradores lo llamaron “panfletario”, y el término hizo carrera; pero, si se leen las páginas de *La Sociedad* y *La Caridad*, los poemas de Caro o Belisario Peña o Rafael Núñez, seguramente se constatará que aquellas páginas echan humo cuando de atacar a los adversarios se trata, que aquellos poemas, con enorme frecuencia, no pasan de ser panfletos avalados por el poder vigente, mediocre poesía elevada al rango de sublimidad por decreto ó por miedo. Y mientras los poemas políticos de Níto son picantes, graciosos, musicales, de rimar espontáneo, los otros son dogmáticos, sosos, forzados; mientras Níto es libre para cantar simultáneamente la muerte de Dios y de los dioses griegos, Caro cristianiza *La Eneida* –irrisorio esfuerzo que la posteridad le cobró y le cobrará muy caro–, Peña se pierde explicando el misterio de la Virgen Madre, Núñez se solaza parafraseando a un Montaigne de quien no conoció sino una frase, ó plagiando a Bartrina, o componiendo ese “himno feudatario” –como lo llamó el Indio Uribe– cuyas estrofas menos feas nos sabemos de memoria.

Los poemas bucólicos, de costumbres, de amor, de amistad, tienen el acento personal inconfundible de Níto. Su poema al Tequendama tiene la fuerza del río que se precipita, impotente para frenar su caída, poderoso en el choque con la roca, bramante como un ser que se aterra ante el destino que no previó; su poema a la vida de internos en los claustros universitarios hizo reír a todos los estudiante santafereños –que se lo aprendieron de memoria– y rabiar a los enclaustradores, quienes pretendieron expulsarlo, como años antes lo quiso el padre Gómez Ángel de la Universidad de Antioquia por sus ideas liberales. Sus poemas de amor, como aquél referido a su viaje a Europa en compañía de su esposa; su poema de amistad a Candelario Obeso para que se liberara de las ataduras de un amor imposible, en fin, muchos otros poemas de su autoría le convierten en uno de los más notables cultores del género en la Colombia finisecular decimonónica. Así lo comprendió José Asunción Silva, el más grande de nuestros poetas, quien hizo un significativo elogio del arte de Restrepo y publicó –esto no es casual– en uno de sus periódicos sus primeras producciones. Que todo esto haya caído en el olvido sólo se debe a las persecuciones políticas que los regeneradores hicieron de los trabajos de Níto. En cambio sus importantes traducciones se perdieron entre los papeles de un poeta venezolano a quien las entregó Juan de Dios Uribe para su publicación. Las pocas que se conservan aparecen en el libro de “Poesías y traducciones” que se publicó en 1899 con prólogo del mismo “Indio Uribe”.

Demos unos ejemplos. Cuando estuvo en Londres escribió este poema que describe su extravío en la gran ciudad cual si se tratara de un paisa perdido en las selvas antioqueñas:

Esta caleidoscópica balumba
mi pie detiene en infernal descanso
como si me parara en una tumba;
¡Y mientras más su estrépito retumba,
más me estrecha el tumulto en su remanso!...

Y ando como escoltado por mi sombra
cual cazador furtivo entre las breñas
pisando apenas la callada alfombra;
paréceme que el ámbito me nombra
y todo cuanto miro me hace señas.

Mis fieros atavismos de salvaje
no sufren semejante desvarío
de poder, que si abrumba, da coraje.
¡Esta mansión del genio es un ultraje
al yermo erial del pensamiento mío!...

Y cuando partió para Europa recién casado con doña Inés Gónima el poeta José Lisando Porras lo despidió con un sentido poema:

Cruzas el mar al lado de tu esposa...
¡Delicioso viajar!
Será así la "llanura temblorosa"
un cielo en vez de mar.

Que aun el recuerdo de la patria ausente
tu Inés mitigará;
y si su alma los pesares siente,
tu amor los calmará.

Yo también por los mares he surcado
solo con mi orfandad,
y más que los abismos me ha espantado
mi propia soledad.

Ñito le contestó a vuelta de correo:
Crucé el mar al lado de mi esposa,
delicioso viajar, viajar así;
de la inmensa llanura tenebrosa
los escollos y sirtes no temí.

Al blando yugo del amor rendido,
no inquietaron mi amante corazón,
del huracán el lúgubre bramido,
del tiempo la insegura rotación.

Y el pujante bajel que nos traía
de las pérfidas olas al vaivén,
con nuestro pensamiento se movía
como ligero y dócil palafrén.

¡Aquí escuché tus cantos, oh poeta!
Arrancados de tu alma para mí,
de patria y amistad dulce silueta
que dibujarse en mi horizonte vi.

Al doctor Manuel Uribe Ángel le hizo el siguiente homenaje:

Dióte Naturaleza providente
amor al bien, en que tu pecho ardía,
de tus virtudes abundosa fuente.

Tu elevado espíritu vivía
En ámbitos abiertos a lo bello
“Y amó la libertad. ¿Quién no ama el día?”

Del genio algún carísimo destello
quizá besó tu sien desde la cuna
y allí dejó su perdurable sello.

Remotas tierras y ciudades viste,
inquiriendo con lengua poligota
cómo aliviar nuestro linaje triste.

Del ajeno gemido ni una nota
se escapó sin vibrar en tus oídos:
de cada llanto te mojó una gota.

Como otros van del oro a los ruidos,
o cual turba en tropel hacia el magnate,
ibas tú del humilde a los plañidos.

Fue tu voz como ariete en el debate
donde la juventud escucha y calla,
donde apresta sus armas al combate.

Allí do la palabra es la metralla,
y el hecho demostrado el argumento,
y un cadáver el campo de batalla.

A Candelario Obeso invitándolo a dejar un amor imposible le escribió este poema que se hizo muy famoso.

No más cantos, no más; si la hermosura
por otro, no por ti, de amor suspira;
si no hay para tu negra desventura
una sola mirada de ternura
que haga vibrar las cuerdas de tu lira;

Si tu alma de poeta su ambrosía
esparce en las arenas del desierto;
si tu eterna y tenaz melancolía
no ha de trocarse nunca en alegría;
si náufrago tu amor no hallara puerto;

Si las flores que arrancas a tu mente
para guirnalda de su sien de diosa
son holladas con planta indiferente;
si no ha de refrescar tu mustia frente
el rocío de su alma candorosa,

Echa sobre su cuerpo una mortaja,
toma las vestiduras de un querube;
que del revuelto mundo en la baraja
Ella es la carne que al sepulcro baja,
¡Tú eres el genio que a los cielos sube!..

La actividad periodística de Ñito se inició desde los claustros de la Universidad de Antioquia. Fue el redactor de *La Lechuza*, que era “un varapalo” contra las anormalidades y problemas que caían bajo la jurisdicción del claustro académico. Lo clausuraron por una defensa que allí se hizo de los asesinos del presidente ecuatoriano García Moreno —un ser taimado y criminal a su vez, como bien lo muestra Cordovez Moure en sus “Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá” —y que era una respuesta a las lamentaciones de don Mariano Ospina Rodríguez por aquel hecho desde las páginas de *La Sociedad*. Es de notarse, sin embargo, que Ñito siempre guardó gratitud hacia Ospina Rodríguez como maestro, y que hizo alto elogio suyo en sus recuerdos

autobiográficos, como si aquella disensión no le hubiera causado ningún resentimiento. En 1878 dirigió *El Herald*, poco antes de viajar a Bogotá. En 1880, de regreso a Medellín, fundó otro periódico, *El Estado*, un periódico de combate contra las fuerzas conservadoras antioqueñas que se reagrupaban después del desastre de la guerra del 76 y la dictadura de Rengifo. En Bogotá dirigió, primero, *La República*, un periódico en contra de los “sapos”, a quienes ya había fustigado décadas antes Joaquín Pablo Posada desde *El Alacrán*. Luego, en 1886, dirigió con Juan de Dios Uribe *La Siesta*, una verdadera máquina de guerra contra Núñez y sus corifeos. Los silenciaron fulminantemente después de 14 números. Luego, tras regresar pobre y por sus propios medios de El Havre, adonde lo había enviado como cónsul el presidente Otálora antes de la presidencia de Núñez, funda *El Sagitario*, que en palabras de Ñito era una botafuegos contra la Regeneración. Duró menos de un mes, pero “si me lo dejan dos años me enriquezco”. En 1904 fundó *Santo y Seña*, en 1912 *La Tribuna*. Al mismo tiempo colaboró en diversos periódicos, entre los cuales cabe mencionar *La Patria*, de Adriano Páez, en Bogotá, y *El Espectador*, de Fidel Cano, en Medellín. Allí aparecieron sus artículos políticos, la mayoría de sus poemas y las traducciones de Lucrecio, Schiller, Víctor Hugo, Lamartine, Berenguer que se conservaron. Ñito fue pues un periodista de todas las épocas, de tiempo completo. Entendió esta actividad como un medio indispensable para el agitar de las nuevas ideas, para la educación popular y para combatir el despotismo. No ejerció el periodismo por lucrarse ni para servir como agente de propaganda del poder de turno, por el contrario. Era por ánimo crítico, para fustigar el dolo, para denunciar los abusos. ¡Qué importaba que los censuraran! Ñito como Nietzsche, creía que “los que se callan se vuelven dispépticos”, cómplices al fin y al cabo, ó seres que se llenan de resentimiento. Y él era activo, no reactivo; jocoso y alegre, no apesadumbrado y amargado.

Como diplomático la deuda nacional con Antonio José Restrepo apenas comienza a ponderarse: obtuvo el derecho al libre tránsito de los productos colombianos por el Amazonas en tratado con el Brasil; delimitó las fronteras con Venezuela y obtuvo la garantía del libre tránsito colombiano por el Orinoco. Sus gestiones en Europa siempre estuvieron dirigidas a buscar las mejores condiciones para los intercambios comerciales con el Viejo Mundo. Quiso y pudo —si se le hubiera hecho caso— mantener los derechos de Colombia al libre tránsito por el Canal de Panamá, y obligar el pago de una cantidad de dólares inmensamente superior a la que el vergonzoso Tratado Herrán-Hay obtuvo por la cesión del canal a los Estados Unidos. Su enorme capacidad diplomática limaba asperezas, concertaba, obtenía beneficios sin cálcu-

los de utilidad personal, sólo pensando en la patria. Tanto se le admiró por esto que una calle en Helsinki lleva su nombre, mientras que nadie podría hallar que se enriqueció por este medio, a diferencia de lo que se observa con facilidad ahora mismo.

Como parlamentario sus aportes no fueron menos significativos. Fue el defensor aguerrido de la construcción del Ferrocarril de Antioquia, de la apertura de la carretera entre Medellín y Bogotá, de Medellín a Turbo, de diversas políticas monetarias, de la vigilancia de la banca privada y la pública. Siempre estuvo al tanto del manejo de la renta nacional y de los litigios internacionales de Colombia. Pero tal vez su triunfo más significativo fue derrotar la propuesta de reinstaurar la pena de muerte, que en 1925 presentaron algunos sectores del partido conservador con la aquiescencia de jóvenes liberales como Carlos Lleras Restrepo. Ñito tenía entonces setenta años y se batió como un león para mostrar el profundo error histórico en que se recaería de oficializar y legalizar esa política. La pena de muerte —sostuvo— sólo se aplicaría a los débiles y abandonados, a los que el Estado desatendió en la hora justa, a los que ahora cobraría su propia responsabilidad. Durante largas sesiones enfrentó las posiciones más retardatarias, impartió lecciones de historia y de economía política, de humanismo y amor al prójimo. Y triunfó. A él debemos —dicho brevemente— que en Colombia no rija la pena de muerte.

Como abogado resolvió litigios de todo orden: sobre el manejo de los recursos para el ferrocarril de Antioquia, sobre los derechos de explotación de minas, sobre herencias familiares, sobre límites geográficos nacionales y de fronteras. No se graduó, pero pocos como él sabían tanto acerca del derecho de gentes, del derecho internacional, del derecho familiar, de los derechos de industria y comercio, del derecho monetario. Su oficina era visitada por los juristas más connotados de la región y del país en busca de asesorías y consultorías, por seres humildes que habían sido expoliados en cualquier forma, y a todos trataba por igual y atendía con la misma diligencia. Nadie —aunque trataron— pudo decir que se dejara sobornar, que se enriqueciera en el ejercicio de su profesión. Su primera casa propia la adquirió a los setenta años, con dineros provenientes de su trabajo en la abertura de monte que, junto con su hermano Benicio, hicieron cerca del municipio de Andorra, atrás de La Dorada.

No tenía problema para trasladarse de las altas esferas intelectuales a la vida raso del campesino. Con igual destreza podía tratar sobre cultura greco latina que sobre el cultivo de café o la ganadería. Su conversación era embriajadora, su memoria prodigiosa, su arte dialógica inimitable. Ahí están Rafael Pombo, Diógenes Arrieta, José Asunción Silva, Francisco A. Cano, Efe

Gómez, Rafael Reyes, Guillermo Valencia, Esteban Jaramillo, Manuel Uribe Ángel, Juan de Dios Uribe, Pedro Dimas Estrada, Marco Fidel Suárez, Miguel María Calle, Benigno A. Gutiérrez, Baldomero Sanín Cano, para testimoniario. Sabía ponerse a la altura de cada interlocutor, fuera un sabio ó un arriero, un poeta ó un minero. Podía ser sardónico, ácido, irónico, ó manso y dulce, según y según. Espíritu universal, era como si conociese todas las facetas del ser humano, sus cumbres y fosos insondables.

De sus años de infancia en Concordia y su primera juventud en Titiribí –trabajando en las entonces florecientes minas de El Zancudo– debió provenir su inmenso interés por el folclor antioqueño. Nunca abandonó la tarea de recopilar las trovas y coplas de nuestra región; sus bailes típicos, sus troveros, los ambientes de fiestería paisas, y todo ello lo recogió en un libro que es una verdadera joya, *El cancionero de Antioquia*. Allí recopila Ñito más de setecientos cantares, coplas y trovas, con abundantes notas explicativas. Nunca se ha hecho tarea similar en Colombia. Son testimonios insustituibles de la riqueza folclórica, imagen fiel del alma antioqueña. Fue mucho el aguardiente que el autor debió beber en fondas y cantinas para llevar a cabo su tarea. Efe Gómez, en su bellissimo relato “La campana del Conde”, rememora una de aquellas bebetas –trifulca incluida– del gran Ñito en los tiempos prósperos de El Zancudo, y no puedo privarme de citarlo en este homenaje; dialogan Efe y la sensual campana que el Conde de Bourmont –quien según la leyenda era el mismo Armando Duval de “La dama de las camelias” – trajo de Francia, y que instaló en la capilla de Sitioviejo, donde se cianuraban las arenas de la gran mina, y comenta el escritor, gran ingeniero de minas por lo demás:

“... ¡Y cómo sabrás tú de cosas, todo el día vigiando, soperiando!

–Pues ello... más bien... siempre algo... Pero no vale la pena, intriquillas amorosas en fin. Pero eso no puede interesarte todavía: no conoces a la gente... Cuando la conozcas no dejes de darte por aquí tus vueltecitas. Puede que lo que diga te interese... Lo que sí son esas gentes –he podido observarlo– es devotas. Cuando toco el Ave María, ellas no se ponen a ver, como tú, pendejadas en el aire. Sino que se detienen, se descubren, y rezan reverentes... Hombre, ya ves que no. Todos no; conocí uno, uno solo que no se descubría. Era él un mozo de los lados de Concordia que trabajaba en socavones de La Palma, bebetrago él y enamorado y trovador. Cuando desde aquí mismo lo veía subir, los sábados en la tarde, el sombrero alón de caña tirado hacia atrás, a la pdrada, para dejar descubierta la frente ancha; por fuera la camisa blanca de listado; pantalón de manta y pie desnudo; cogida del gañote la vihuela, no podía menos de admirar sus ojos sarabiados con puntos de luz; la nariz que

fluía poderosa; la ancha boca parlarina, de labios sinuosos, plasmados por los pulgares de las Gracias, untados con la miel rubia de los panales del Himeto, revuelta con los vivientes agujijones de las abejas zumbadoras...

–Lo estás haciendo bien, gabacha.

–Zalamero, dijo descubriendo con sonrisa larga y apacible los menudos dientes. Y continuó dulce y sumisa: –me parece estar viendo al Ñito –así le llamábamos aquí todos– subir esa tarde de día de fiesta, de los lados del Pajero. Venía con Luis Cojo, Alejandro Correa y otros. Venían copetones: habían estado trovando en la cantina de Santos Sánchez. Subir digo, y detenerse allí, al frente de la tienda de Tomasito Guerrero. Acertaron a estar ahí, dentro de la tienda, los Pombales. Eran éstos unos hacendados del río Cauca arriba, que andaban aquí de juerga hacía algunos días: habían venido a conocer la empresa, a beber trago y a gastar dinero.

Cuando entró con sus compañeros Ñito, el menor de los Pombales, mozo buscarruido y muy ladino, arrebató el tiple a uno de los presentes, saltó a media sala, y encarándose con Ñito, punteó el tiple y cantó bravo:

Trove, trove compañero.
dicen que usted es poeta
y lo creo, pues se ve
que no tiene una peseta.

Rasgué Ñito su tiple y replicó:

No tener una peseta
es el mayor de mis males.
¡Ah malhaya! Quién tuviera
plata como los Pombales.
Lo que no tienen en plata
lo tienen en animales.

Los mozos hacendados, creyendo, por la contestación cortés de Ñito, que se iba a terminar la juerga, pidieron trago para todos.

Ñito, sin esperar a que lo sirvieran, continuó cantando:

Lo que no tienen en plata
lo tienen en animales,
porque son la misma cosa
animales y Pombales.

Porque son la misma cosa
animales y Pombales;
los unos viven en ranchos
y los otros en yerbales

Los unos viven en ranchos
y los otros en yerbales
pero comen yerba todos
animales y Pombales

Pero comen yerba todos
animales y Pombales,
y se embuchan de aguamasas
aguamieles y aguasales.

Y se embuchan de aguamasas
aguamieles y aguasales,
no son más que buche y cachos
animales y Pombales.

Llevando el compás con las manos, en las mesas, en las sillas, en el mostrador, en los bahareques, cantó la multitud en coro inmenso:

No son más que buche y cachos
animales y Pombales.

El Pombal joven, quien, de pies, en medio del salón, el tiple entre las manos, envuelto en el rápido oleaje de las trovas de su rival que unas en otras se soldaban, esperaba inútilmente la ocasión de replicar, disparó iracundo en ese instante el instrumento músico sobre la cabeza de Ñito. Vigilante Luis Cojo —el primer garrote de El Zancudo— interpuso, en certero quite, su bastón, contra el cual fuera a chocar el tiple volando, con fragor, en astillas por el aire. Brillaron armas; acudió la policía, chillaron las mujeres, corrió la sangre. Yo me puse a tocar plegarias.”

Siempre que releo este cuento efesiano me acuerdo del gran Góngora cuando Lope de Vega intentó atacarlo. El poeta cordobés respondió con esta quintilla:

“Dicen que ha hecho Lopico
contra mí versos adversos;
más si yo vuelvo mi pico
contra el pico de sus versos,
a este Lopico lo pico.”

Y me acuerdo de Nietzsche, quien afirmaba “yo respondo a los agravios con picardías”. Ñito no cargaba agua en la boca para responder como se debía a la estulticia. Y vemos –para volver a nuestro tema– que era un repentista insuperable. Este arte de componer y cantar trovas y coplas debió ser esencial para penetrar en los arcanos de la memoria folclórica de sus coterráneos: despertaba en ellos la confianza de ser uno de sus iguales, no un erudito antropólogo de papel y lápiz, y le abrían el cajón de los recuerdos, y lo orientaban en sus pesquisas. Ciertamente, no todo lo transcrito en el Cancionero tiene la pátina de una memoria cultural, algunas coplas son pura invención de Ñito –como las referidas a la necesidad de hacer la carretera al mar. Ciertamente, faltan romances muy antiguos, como el Prefacio de Francisco Vera que nos transmitió la memoria no menos prodigiosa de don Tomás Carrasquilla. Ciertamente, hay errores de atribución de ciertas canciones, que no son antioqueñas sino hispánicas, más precisamente gongorinas. Pero son faltas menores. El conjunto es monumental, insustituible para cualquier estudioso de la Antioquia temprana y del patrimonio inmaterial que hemos heredado. Y Ñito –esto debe resaltarse– no es un espíritu nostálgico que sólo miraba hacia el pasado. Esas eran las actitudes típicas de Miguel Antonio Caro y *El Tradicionalista*, de Bogotá, de Núñez y *La Miscelánea Ilustrada*, de Cartagena. Ñito miraba hacia el porvenir. Nadie más preocupado que él por el progreso material de la nación, por la economía y la política monetaria, por la reforma agraria, por la educación colectiva, por la legislación minera, por la apertura de las carreteras, el tendido de las vías férreas, la industrialización: lo prueba ampliamente el contenido del último periódico que dirigió. Incluso su liberalismo incorregible supo encontrar los medios para el armisticio con las ideas del partido opuesto cuando de buscar la paz y el progreso nacionales se trató.

Por todo lo anterior, Antonio José Restrepo constituye un modelo acabado del *titán laborador* antioqueño. Honrado y tenaz en el trabajo; sincero en los afectos; dulce en el hogar, delicioso en la tertulia; rayo en la guerra y manso en la paz; pródigo y generoso con los humildes; lleno de iniciativa y sediento de progreso; idealista en su radicalismo; capaz de reírse de sí propio, sin vanidad ni hipocresía. Ni siquiera su ateísmo obscurece su amor indefectible por los hombres, su respeto por la fe de sus mayores (lo prueban su elogio a Suárez por la *Oración a Jesucristo*, la carta a su padre cuando éste

enviudó). Hombres así sólo se producen de cuando en cuando. Que su memoria no sea simplemente el objeto de homenajes académicos: que nos inspire a todos, que nos impulse a superarnos, a merecérselo como paradigma del arte del buen vivir, por encima de todas las miserias que acosan a la patria. Así sea.